



VARASEK
EDICIONES

ON THE ROAD

PERDIDOS EN CAMBOYA

**Armas, sexo y marihuana
en el lado oscuro**

Amit Gilboa



**VARASEK
EDICIONES**

**POESÍA
VIAJES &
ROCK'N'ROLL**

PERDIDOS EN CAMBOYA

**Armas, sexo y marihuana
en el lado oscuro**

Amit Gilboa

Traducción de Juan Romero

WWW.VARASEKEDICIONES.ES



**VARASEK
EDICIONES
ON THE ROAD**

Perdidos en Camboya

Título original: *Off the Rails in Phnom Penh:
Into the Dark Heart of Guns, Girls, and Ganja*

Editor original: *Asia Books, July 25, 1998*

© de la obra, Amit Gilboa

© de esta edición y derechos en
castellano: Varasek Ediciones, 2015

© de la traducción: Juan Romero

© de la foto de cubierta: Antonio Cordero

Dirección creativa:
Beatriz Ruibal

Diseño de la colección:
Jaime Narváez

C/ Toledo, 73
28005 Madrid
www.varasekediciones.es

1.^a edición, Madrid, 2015
ISBN (papel): 978-84-943353-8-9
ISBN (e-book): 978-84-943353-9-6
Depósito Legal: M-19299-2015

NARRATIVA

Este libro solo se ha podido escribir gracias a los esfuerzos de mucha gente. Me gustaría dar las gracias a los siguientes amigos por sus consejos y apoyo: David Bamberger, Richard Baker, Ben Bradford, Tom Cakuls, Arlyn Gilboa, Nisan Gilboa, Allison Hastings, Jason Hodin, Laura Modlin, Steve Nixon y Heike Uhlig.

Por encima de todo, dedico este libro a Noam, que es más importante de lo que él cree.

II	PRÓLOGO
17	IMPRESIONES
47	HISTORIA
87	ANARQUÍA
119	SEXO
153	DROGAS
171	TRABAJO
179	LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO
191	JEMERES
213	GOLPE DE ESTADO
237	VIAJE
253	EN CASA
267	BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO DEL AUTOR

Todos los sucesos narrados en este libro son verídicos. Todos los personajes se basan en gente real a quien conocí entre agosto de 1996 y abril de 1998. Solo se relatan aquellos hechos que presencié en persona o que me confiaron fuentes fidedignas. En algunos casos los nombres de las personas y de los lugares se han cambiado para proteger su identidad y favorecer la fluidez de la narración.

He tomado tres medidas para asegurar la exactitud de todo lo que no presencié. En primer lugar, oculté el hecho de que estaba escribiendo un libro, a fin de evitar que se exagerase ante la perspectiva de verse reflejado en un libro. En segundo lugar, volví a pedir datos sobre la historia que me habían relatado semanas o incluso meses después para verificar si las respuestas cambiaban; un buen indicador de falsedad. Finalmente, cuando hice investigaciones de campo por mí mismo, pude ser testigo de muchas de las cosas que me habían contado. Así logré descubrir que mis amigos y conocidos realmente daban poca importancia a sus experiencias, en lugar de exagerarlas. También tuve en todo momento la clara sensación de que aquella gente no me estaba mintiendo. Su sincero descaro como grupo conllevaba que no tuvieran motivos para censurarse.

El hecho de que aquellas increíbles historias estuvieran tan al alcance de la mano para cualquiera, significaba que no había incentivo en sacar partido de ellas. Diversos artículos de periódico y otras fuentes también me ayudaron a confirmar la información de mis entrevistados. Se descubría así fácilmente a quienes tenían tendencia a exagerar; además, no he incluido ninguna historia que no pudiera corroborar yo mismo o alguna otra fuente fidedigna.

A lo largo de este libro, el lector puede encontrar inverosímil que a) sus protagonistas realmente se implicaran en las actividades descritas y b) que la gente hable con tanto descaro y tan explícitamente de sí misma. En este sentido, la franqueza con que hablan de sus actos resulta incluso más fascinante que lo que, de hecho, hicieron.

Por lo general, conseguir buena información de las entrevistas requiere un período inicial para ganar la confianza y establecer una relación. Tales esfuerzos no son necesarios en Phnom Penh. Cualquiera que no parezca un cristiano fundamentalista puede escuchar conversaciones similares a aquellas que escuché al llegar a Camboya. A esto hay que añadir que la gente con la que hablé no hacía el menor esfuerzo por esconder ningún detalle, por escabroso que fuera, para mantener una fachada de «decencia» (sea lo que sea).

Por lo que respecta a la primera cuestión, Phnom Penh es la prueba concluyente del antiguo dicho: «La realidad supera a la ficción».

Aunque este libro no sea un trabajo ficcional y pretenda ser tan informativo como entretenido, no puede considerarse en modo alguno un estudio ni representativo ni exhaustivo de los temas que trata. Animo a los lectores interesados a que consulten los volúmenes recogidos en la bibliografía para encontrar información autorizada sobre los mismos.

Aunque no sea una obra de ficción, tampoco es representativo de la mayoría de la población expatriada de Camboya. El lector debe tener en cuenta que la mayoría de los extranjeros y de jemeres (los camboyanos originales) de Phnom Penh llevan vidas normales y «decentes», a menudo en condiciones muy difíciles. Este libro

se centra sobre todo en los habitantes de Phnom Penh que (según los «estándares» occidentales) llevan vidas raras e «indecentes».

Aunque no se mencionen en este libro, el lector debe recordar que hay extranjeros en Phnom Penh que no compran sexo, así como también hay jemeres que no portan granadas y días en Phnom Penh en los que no se escucha fuego de armas.

Como es imposible reproducir la lengua jemer con precisión en el alfabeto latino, he elegido simplemente usar letras que, leídas por el lector occidental corriente, producen la aproximación más cercana a la pronunciación jemer. Por ejemplo, aunque la ortografía habitual del líder de la república jemer es Lon Nol, en jemer hay una clara distinción entre la *o* en el primer nombre (que rima con *tú*) y la *o* en su apellido (que rima con *col*). Por tanto, deletreo su nombre como Loon Nol siguiendo las convenciones del inglés. Sin embargo, cedo a las convenciones occidentales y deletreo el adjetivo con una única palabra: vietnamita.

Por último, una breve observación sobre Camboya. Se trata de un país donde la profundidad y belleza de la gente y la cultura solo se pueden comparar con la profundidad y la magnitud del sufrimiento de sus gentes. Este libro no se concibió ni escribió como un llamamiento a la consciencia en relación a ese país torturado. No obstante, no quiero dejar de recordar a los lectores los constantes sufrimientos de los camboyanos a manos de la pobreza, la violencia, la corrupción, las minas antipersona, las enfermedades que en realidad son fáciles de prevenir y otras muchas calamidades causadas por el hombre.

En las elecciones de julio de 1993, los camboyanos se enfrentaron a las intimidaciones y a la adversidad para mostrar su apoyo mayoritario a la paz y la democracia. Merecen algo mejor que lo que han recibido.

AMIT GILBOA



IMPRESIONES

«Camboya es como si siempre estuvieras viajando»

Phnom Penh es un festival anárquico de putas, drogas baratas y continua violencia; y todo esto con el telón de fondo de la arquitectura más sorprendente, la música más maravillosa y la historia política más miserable del planeta. Para alguien de la sociedad occidental moderna, Phnom Penh es una ciudad donde lo inmoral es aceptable y lo insano, normal.

A pesar de haber vivido en algunas ciudades importantes de Estados Unidos, Asia y Oriente Medio, durante mi estancia en Camboya me enfrenté al mundo más absurdo e incomprensible que haya experimentado jamás. Camboya desafiaba continuamente mi concepción de qué es real y qué imposible. Descubrí una calle entera llena de burdeles en barracas, en los que las chicas se vendían por dos dólares, y restaurantes en los que la marihuana es la especia preferida para sazonar las pizzas. Escuché cuentos de intriga política, violencia y corrupción que hacen que la mafia, en comparación, parezca el Rotary Club.

Por supuesto, había poco en Camboya que fuera completamente nuevo para mí. Había presenciado el crimen violento en Washington D.C., la represión política en China, había conocido expatriados disolutos en Saigón, prostitución en Bangkok, miseria en Manila y todo tipo de excesos humanos en Nueva York. Pero ninguno de ellos, ni siquiera combinados, me podía haber preparado para el desmadre de absurdos y excesos que me esperaba en Phnom Penh.

Que estuviera en Camboya aquel día soleado de septiembre fue un accidente fortuito. Dos meses antes, había dejado mi hogar en Pittsburgh para ir a Vietnam, a fin de embarcarme en lo que

esperaba iba a ser una fascinante y lucrativa carrera periodística. Empecé a escribir para revistas de economía en Ho Chi Minh, cubriendo las expectativas más febriles y las tribulaciones constantes de los inversores extranjeros ansiosos por conseguir entrar en la nueva «economía emergente».

Durante mis dos primeros meses en Vietnam, había escrito algunos buenos artículos y había agotado el tiempo de mi visado. Era el momento de salir del país para conseguir otro visado de turista. Tenía que salir de Vietnam, conseguir uno nuevo y volver a entrar. El sitio más a mano para hacerlo es Phnom Penh, y así fue como mis ojos se abrieron a este increíble país del que muchos extranjeros han hecho su casa.

Una profesora de inglés que conocí lo resumió muy bien cuando dijo que Camboya es como si estuvieras siempre viajando. Mis entrañas se retorcieron desde el día que llegué a Phnom Penh, y que pasé en un restaurante barato, escuchando a escondidas y hablando de vez en cuando con expatriados que residían en la ciudad. En sus conversaciones informales recurrentemente hacían referencia sin cesar a drogas, sexo y violencia en una medida que superaba todo lo que había oído hasta entonces.

Comparados con los turistas sexuales en Filipinas o los mochileros drogatas de Goa, los residentes de Phnom Penh alcanzan nuevas fronteras en el mercado del shock. Hablan explícitamente de sus hazañas en los burdeles como si hablaran de un día de trabajo. Hablan de meterse heroína como si fuera beber café. Todos hablan de cómo han superado totalmente cualquier convención o inhibición social o moral que pudiera reprimirles y el lugar donde empezaron a practicarlo fue siempre en Phnom Penh.

Casi inmediatamente, me comprometí con la idea de investigar este manicomio de país y a sus pacientes extranjeros. Quería comprender los entresijos de un país que parecía consistir básicamente en la perversión de lo que llamaríamos «normal» en cualquier otra sociedad. También quería entender la atracción

que este país ejercía sobre la gente que había decidido venir a vivir aquí. Por último, estaba determinado a transmitirlo de manera que pudieran comprenderlo aquellos que nunca hubiesen estado en Camboya.

Entre septiembre de 1996 y octubre de 1997 hice algunos otros viajes a Phnom Penh, cada uno de aproximadamente un mes, lejos de mi aburrida carrera periodística en Vietnam. El lugar clásico para comer y dormir de los mochileros, traficantes de baja estofa y residentes de larga duración en Phnom Penh es la tristemente mal llamada casa de huéspedes y restaurante Majestic. Durante mis visitas a la capital camboyana, usando el Majestic como base, dediqué mi tiempo a descubrir sus distintos estilos de vida, todos ellos extraordinarios, a partir del testimonio de quienes realmente vivían allí. Hablé con ellos durante sus breves desayunos antes de clase y en largos almuerzos antes de sus viajes a los burdeles. Yo escuchaba tranquilamente mientras ellos hablaban en grupos y también les entrevisté en profundidad uno por uno.

La mayor parte de mis conversaciones giraban en torno a los aspectos más sensacionalistas de la vida en Phnom Penh y todos ellos se tratan en este libro: el estrambótico sistema político, y la anarquía y violencia que genera; la permisividad e imprudencia en todo lo relativo al sexo, el sida y las drogas; la facilidad con que los extranjeros sacan dinero de los jemer; así como algunas interesantes observaciones sobre los extranjeros de Phnom Penh y sobre los propios jemer. Aunque estos capítulos detallan los aspectos más escandalosos de la vida en Phnom Penh, hay otras facetas más sutiles de la vida en el Reino de Camboya que la convierten en una experiencia que altera la consciencia. Fueron estas sutilezas, tanto como el sexo, las drogas y la violencia, las que me fascinaron de Camboya.

La cultura jemer, sin lugar a dudas, alberga una de las tradiciones artísticas más importantes del mundo. He pasado cientos de veces por el Palacio Real de Phnom Penh y nunca deja de sorprenderme. Sus maravillosos colores, sus intrincados

dibujos, las cuatro caras gigantes que te miran desde la cima de la torre central. Es como si, simplemente por observarlo, formara parte de alguna manera de esta cultura monumental.

Como pueden atestiguar millones de turistas y viajeros, el enorme tamaño y el increíble esteticismo de Angkor Wat, el mayor monumento del país, hace entender fácilmente la gloria del Imperio jemer y la altura artística que alcanzó. Pero la fortaleza de la cultura jemer no se limita a sus monumentos. He viajado por toda Asia oriental y las emisoras populares de radio solo emiten rock & roll americano u horribles imitaciones de ese mismo género. Camboya es el primer país asiático en el que he estado y donde realmente se escucha mayormente música tradicional. La música en sí es tan maravillosa, la manera en que se desliza arriba y abajo por la escala musical, y siempre en esas lastimeras claves menores. La verdadera música tradicional se toca con grupos de instrumentos musicales que incluyen gongs, campanas, tambores y otros instrumentos de cuerda y percusión. Como persona poco aficionada a ornar con un halo romántico las culturas «exóticas», no estaba preparado para el efecto extraño y exquisito que esta música me produjo. Siempre que empezaban a tocar, sentía como si alguna parte de mí estuviera siendo transportada al mítico Imperio angkoriano de princesas, guerreros, bailarinas y dioses.

El choque entre esta cultura tradicional y el mundo moderno forma parte de la energía de Phnom Penh. Un periodista señala: «Esta es una sociedad que ha sufrido centenares de años de feudalismo agrario, treinta y tres años de guerra civil, diez años de comunismo y aislamiento, diez años de ocupación extranjera y, de pronto, el mundo le ha dado a un interruptor y ha convertido Camboya en el democrático, capitalista, abierto y desarrollado país que es hoy en día. ¿Crees que se habrá creado alguna tensión?».

El hecho de que el proceso del «desarrollo» de Camboya se encuentre todavía en sus primeras etapas es una atracción añadida para muchos. Nos sacuden constantemente los contrastes.

Generales opulentos en Land Cruisers o BMW flanqueados por guardaespaldas adelantan a conductores de pedicabs, taxis a pedales de tres ruedas, que solo poseen su vehículo y una muda. Mientras los generales son dueños de dos o tres chalés, los conductores de pedicab viven en sus bicicletas porque no pueden hacer frente al alquiler de una casucha por ocho dólares al mes.

El visitante se enfrenta a una crudeza desconcertante: la basura en las calles, los niños que corretean desnudos, el polvo, las carreteras sin pavimentar y las chabolas. Y en medio de todo eso uno descubre de repente un maravilloso *wat* (templo budista) que se eleva hacia el cielo. Si ya es sorprendente por sí mismo, su contemplación es incluso más sorprendente en medio de toda la mierda que lo rodea.

El campo camboyano proporciona al visitante otra perspectiva. Un paseo en motocicleta a solo cinco minutos de distancia de Phnom Penh revela grandes espacios sin un ladrillo o una estructura de piedra a la vista, solo casuchas de madera, campos de arroz e increíbles palmas de azúcar de treinta metros de alto. Siempre disfruto el encuentro con los campesinos jemer y sus brillantes sonrisas y cálidas miradas. No importa cuántas palabras conozca en jemer, siempre siento que detrás de esos ojos se esconden personas tan radicalmente distintas a mí que la falta de comunicación verdadera entre nosotros solo se puede salvar a un nivel muy superficial. *Agraria* o *preindustrial* son palabras respetuosas con las que se describe a los campesinos jemer. Sin embargo, a pesar de las connotaciones negativas que conlleva, la palabra que te salta a menudo a la mente es *primitivo*.

Estas impresiones están más o menos en consonancia con lo que los viajeros pueden esperar de Camboya. Sin embargo, este país reserva otras sorpresas para el visitante. Por ejemplo, una mañana estaba sentado desayunando en un puesto callejero y me sentí muy confuso cuando escuché a alguien cantar la plegaria para Yom Kippur, el día judío de la expiación. Resultó que había una boda cerca y que era un canto nupcial

tradicional jemer. Curiosamente sonaba muy muy parecido a las plegarias a Yom Kippur.

Cuando empezaba a aprender jemer, reparé en que muchas letras de este idioma tenían homólogas en el alfabeto hebreo. En ambos lenguajes, las vocales aparecen debajo, junto a o sobre las consonantes. Las extrañas coincidencias no se quedan en el lenguaje: el atuendo de boda de los judíos yemenitas es similar al de las bodas jemeritas y la ubicua bufanda jemer —la *kromah*— es casi idéntica a la *kaffiyeh* árabe. Aunque no puedo atribuirme el descubrimiento de las Diez Tribus Perdidas, estas coincidencias, especialmente entre el resto de aspectos surrealistas de Camboya, eran tan fascinantes como vagamente perturbadoras.

Asimismo, mucha gente tiene sus propias razones estrambóticas para encontrar Camboya tan interesante. Una larga conversación que tuve con un turista me proporcionó la idea inicial para el subtítulo de este libro. Él razonaba por qué Phnom Penh es nada menos que una versión en la vida real de la película *Apocalypse Now*. «Piénsalo un poco, *Apocalypse Now* y *El corazón de las tinieblas* (la novela de Joseph Conrad en la que está basada la película) se construyen sobre la premisa de qué ocurre cuando la gente vive sin ningún tipo de restricción social. Esto es exactamente lo que pasa aquí. Los extranjeros no pueden dejar de comportarse irracionalmente, sin ningún tipo de juicio ni inhibiciones. Te lo aseguro, no es una coincidencia que situaran al coronel Kurtz en Camboya».

El trabajador de una ONG de Australia se quedó «pasmado», sobre todo, por la Embajada de Corea del Norte. Escribió: «La relación entre Corea del Norte y Camboya es única porque es una amistad que viene de largo y por el apoyo continuo que el rey Sihanouk ha recibido de los líderes de Corea del Norte. Hasta hoy mismo, los guardaespaldas del rey son norcoreanos.

»La Embajada de Corea del Norte es un edificio enorme, pero lo más interesante es el expositor fotográfico que se exhibe en el muro exterior. Este expositor —como el que también tienen

en Vientiane— se actualiza mensualmente, cada vez con un tema nuevo —el amor del pueblo por el difunto “Gran Líder”, los increíbles avances de Corea del Norte en ciencia y tecnología, etc.

»El expositor del último mes era totalmente surrealista. Se muestran una serie de cuadros de ese pequeño y rechoncho mojón (Kim, John-Il, el nuevo “amado líder” de Corea del Norte) en varios escenarios militares. En uno de ellos, parece confuso ante la explicación de las tácticas de un grupo de generales bajo una red de camuflaje. Luego aparece pasando revista a las tropas y los autores de la foto se las han apañado para captar su cara con una expresión como si estuviera estornudando y tirándose un pedo al mismo tiempo. En otra instantánea está manejando un rifle de asalto y la fatiga nos permite ver su abultada panza. No hay fotos de norcoreanos comiendo hierba y muriendo de hambre».

Finalmente, en una ironía no intencionada, muchos extranjeros se quedan fascinados con otros extranjeros. Camboya está tan desorganizada que cualquiera puede llegar como turista o empresario. Me sorprendió muchísimo la variedad de nacionalidades que me topé en Phnom Penh. En mis primeras semanas allí me encontré birmanos, tailandeses, malayos, vietnamitas, chinos de todas partes de Asia, un camerunés, un congoleño, gente de Sri Lanka, Túnez, Irán, un afgano y, por supuesto, europeos de cualquier rincón del continente. Nunca me hubiera esperado encontrar un afgano, menos aún un afgano dirigiendo la primera oficina de suministro de pedidos por correo de Phnom Penh.

Una canadiense sirve de ejemplo de este crisol de culturas de Phnom Penh. Comparte casa con un profesor que vive con una exprostituta vietnamita y otro casado con una de sus estudiantes jemeritas. Me cuenta que una noche al volver a casa se encontró con tres marineros de permiso con tres prostitutas que habían sacado de un burdel. «Las chicas les habían pedido a estos atentos marineros que hicieran un alto en la casa de su amiga (la novia vietnamita del profesor), es decir, en mi casa.

»Así que esta panda de seis –los tres marineros indonesios y las tres prostitutas vietnamitas– vinieron a visitar a la amiga prostituta de dieciocho años que estaba viviendo con un irlandés de cuarenta años que compartía piso con dos canadienses y un sueco que tenía una hija con su esposa jemer. La novia de mi amigo consiguió ver a sus amigas y los marineros formaron parte de sus citas de la vida diaria como si estuvieran teniendo una relación real y no fueran simplemente patéticos perdedores que pagan a una prostituta barata por una noche. Y así yo asistí a esta comedia del absurdo llamada Camboya».

Como muestran los siguientes extractos de periódico, mis propias impresiones corroboran las afirmaciones de otros sobre las maravillas de Camboya.

Camino de Phnom Penh
20 de octubre de 1996

Aunque llegué en avión, hice el resto de mis visitas por tierra. Es mucho más barato que volar y permite ver el país con más detalle. Para ir desde Saigón a la frontera en mi primer viaje por carretera, cogí un minibús que operaba una agencia de viajes orientada a mochileros y con sede en Saigón. Somos un grupo de turistas muy poco extraordinario atravesando el más extraordinario escenario verde de Vietnam. Después de un par de paradas para fotos e incontables campos de arroz, nos dejaron finalmente en el punto donde se quedan los que cruzan a Camboya. Soy el único que se apea.

Me enfrento a las acometidas de los Honda oms (mototaxis) y entro en negociaciones con uno de los conductores. Me río de su ridículo, pero no muy sorprendente, intento de cobrarme de más, y en su lugar le paso la tasa de diez mil dong (noventa centavos). Acepta a regañadientes el dinero y partimos para la frontera.

Mi excitación aumenta mientras nos aproximamos a Camboya; una señal nos advierte que estamos «ENTRANDO EN EL ÁREA DE FRONTERA». Aunque aún estamos en Vietnam, ya veo gente que viste *kromahs*, la bufanda tradicional jemer, alrededor de sus cabezas y cuellos, y observo que hay signos escritos en jemer en la tienda de enfrente.

Finalmente, llegamos al cruce fronterizo y me bajo de la moto. Entro a pie en la frontera de Vietnam y busco más allá de la tierra de nadie el puesto camboyano. El edificio vietnamita de cemento de inspiración soviética contrasta notablemente con el clásico motivo de Angkor Wat del puesto de control camboyano.